

Este cuerpo mío

(o la historia de un amor como no habrá otro igual)

Tania Eréndira Meza Escorza

Este cuerpo mío fue siempre odiado por la persona a la que más podía dolerle: yo.

No me era indiferente.

No lo quería sólo un poco.

No. Lo odiaba. Deseaba, ante todo, tener el cuerpo de quien fuera, menos éste que me había tocado.

Un poco menos que a mi cuerpo, odiaba a mi padre. Lo odiaba porque era un hombre delgado, que no debía preocuparse nunca por la comida. De hecho, siempre creí que la comida no le era nada atractiva, que comía para seguir viviendo, pero que no le significaba nada. Mi padre era un hombre con un físico común, no muy blanco, no muy moreno, no muy bajo, no muy alto... pe-ro era delgado, siempre delgado.

Un poco menos que a mi cuerpo, pero un poco más que a mi padre, odiaba a mi madre. La odiaba porque era una mujer delgada, pero el hecho de odiarla más que a mi padre obedecía a que mi madre, además de delgada, era bella, muy bella. Tan bella co-mo yo nunca lo sería. Pero eso no era lo catastrófico. A diferencia de mi padre, mi madre bella y delgada tenía una relación intensa con la comida. Comía, comía, comía... exactamente todo lo que siempre se ha dicho que engorda, ella lo comía sin mayor repercusión en su cuerpo que una amplia sonrisa en su bellissimo rostro. Mi madre comía sin límite alguno y nunca, nunca, dejó de ser la esbelta mujer rubia, de inmensos ojos verdes, que toda la gente volteaba a ver en la calle.

Un poco menos que a mi madre, pero infinitamente más que a mí, admiraba a mi hermana. Mayor que yo año y medio, ella, como yo, no fue tan bella como mi madre, pero fue delgada. No era alta como yo, pero era delgada. No era rubia como yo, pero

era delgada; no tenía una mirada verde y juguetona como la mía, pero era delgada. Sonreía muy poco, pero no necesitaba hacerlo para ser aceptada, porque era delgada.

Deseaba profundamente ser ella. Lo quise siempre durante mi infancia y mi adolescencia. Quería ser ella, sólo por un tiempcito, no pedía más. Quería ser ella para saber lo que era no ser rechazada de inmediato por cualquier persona de mi edad que me miraba por primera vez. Quería ser ella para tener la inquebrantable seguridad en mí misma que sólo puede tener una niña y una adolescente delgada.

Quería ser ella porque, desde mi lógica infantil y lipofóbica, era evidente que mis padres la querían mucho más a ella por haberle heredado su delgadez a prueba de todo. Mis dos padres, delgados, habían hecho una jugarreta genética para que yo saliera gorda. Los dos delgados, mi hermana delgada, y yo gorda. La familia delgadez con la hijita gordita, ¡qué caritativos en aceptarla!

Mi padre, siempre emocional y sentimentalmente distante, no habló nunca de la obesidad hasta que yo tenía trece años y comía orgásmicamente un pan con cajeta durante la cena: “Ya no comas — me dijo —, porque pronto te van a empezar a gustar los muchachos, y a los hombres no les gustan la mujeres gordas”.

Pocas veces recuerdo haberlo odiado tanto. ¿Qué carajos sabía él de cuándo me iban a empezar a gustar los muchachos? Estaba en segundo de secundaria y tenía ya una larga colección no sólo de rechazos, sino de burlas y humillaciones masculinas proferidas cuando se enteraban de que la gorda tremenda sentía algo por ellos. ¿Cómo se atrevía este padre ausente a cortar abrupta y despiadadamente uno de los pocos momentos de placer absoluto que tenía durante la adolescencia? ¿Qué le hizo pensar que con ese comentario, lapidario e inmisericorde, me haría reflexionar sobre la importancia de una alimentación nutritiva? Deseé que no existiera, deseé que siguiera lejos de casa como siempre había estado, deseé meterme el pan entero en la boca hasta ahogarme y matar el dolor de sentirme

culpable cada vez que me excitaba comiendo.

Pero no lo hice.

Me fui del comedor porque tenía muchos deseos de llorar y sabía que a mi padre no le parecería correcto que llorara por haber recibido ese comentario, tan sabio y atinado, desde su punto de vista. Me encerré en una recámara y lloré en silencio para que nadie me escuchara ni me hiciera cuestionamientos que estaría obligada a contestar: “¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Ahora por qué lloras?” En ese momento lloraba porque creía que mi padre tenía razón y que yo era muy mala por estar odiando a quien se preocupaba por mi salud. “Niña mala, niña mala, niña gorda y mala”, me autolapidaba.

A diferencia de otras amigas con historias similares, en mi casa jamás me pusieron motes por mi obesidad. Más aún, la palabra “gorda” estaba prohibida. Nadie hablaba de eso, tal vez esperaban que si no nombraban el problema, éste acabaría por desvanecerse.

En mi infancia ni siquiera pude llorar ni procesar un duelo por el cuerpo que siempre deseé y nunca tuve. De niña, en casa me decían que el físico no importaba, para nada, en absoluto. El físico era una frivolidad, una enajenación, una gringada que no tenía cabida en una familia comunista como la mía.

Lo único importante era el intelecto, nada más. Si yo me preocupaba por el físico, estaba cayendo en las garras del capitalismo salvaje. Lo entendí, lo supe, lo asumí, lo introyecté: la preocupación por el aspecto físico estaba muy mal. Yo era y siempre he sido una mujer inteligente, así que debía ser muy feliz, porque era una niña brillante y culta, con un futuro promisorio que emplearía en servir al pueblo. Sí, todo estaba bien. Pero, entonces, ¿por qué me sentía tan mal, tan infeliz, tan vacía, tan desasosegada? ¿Por qué estaba siempre deseando ser otra? ¿Por qué en mis fantasías siempre me pensaba como una niña totalmente distinta a la que el espejo me decía que era? Mi respuesta era: “Todos estos deseos están mal, están muy mal. El físico no importa, frívola, enajenada, mala hija”.

A la par de todo este drama, estaba mi abuelo. El hombre más

maravilloso en mi mundo. Con él, la palabra era siempre: "Sí". Sí a todo lo que yo quisiera y dijera. Sí, el psicótico sí que no me ponía ningún límite. Ni siquiera con la comida.

Cuando estaba con este hombre grandioso, nacido en 1909 y amante de las mujeres anchas, era el único momento en que amaba comer. En que no me producía ninguna culpa desbordar los panes de mermelada, comer muchas tortas de frijoles con huevo, beber una botella entera de refresco capitalista y paladear una gran cantidad de dulces que él guardaba en un cajón bajo llave, junto con el dinero de la quincena.

Sí absoluto. Sí al amor. Sí a la aceptación sin cuestionamientos. Sí a la comida. Sí a mí.

Pero una vez que terminó la infancia y me sentía tan protegida y segura con él, su amor incondicional no fue suficiente. Por el contrario, me conflictuaba mucho, porque si a alguien yo no quería, era a mí. Si un cuerpo me parecía insolentemente molesto, era el mío. Y en medio de esa lógica de autoodio, mi abuelo decía que yo era bellísima y que él me quería hasta el infinito. Me molestaba que lo dijera, porque confrontaba en mí sentimientos diametralmente opuestos.

Me alejé de él. Inicié mi adolescencia sin el respaldo con el que hasta ese momento había sobrevivido. Craso y grave error.

La adolescencia no fue mejor. Por el contrario, el rechazo seguía. El más despiadado y cruel de todos era el mío propio. Dos situaciones humillantes más se añadieron al doloroso escenario: mi madre obligó a mi popular hermana a incorporarme a su círculo social, en el que ella era la reina (y yo, la bufona), y además, lo peor de todo: empecé a seguir dietas.

Con estoica obediencia, mi hermana cargaba conmigo en fiestas, reuniones, salidas al cine y, en casos extremos, hasta a paseos con su novio en turno.

Ella se esforzaba, yo me esforzaba, pero era inútil: no sólo no conseguía encajar en su multitud de amigas y amigos, sino que toda esa gente me detestaba por ser un pesado lastre (en todos

sentidos) en la vida social de mi hermana.

Intenté hacer mi propio círculo de amistades, pero tampoco funcionó. El rechazo anticipado de la gente debido a mi físico me había convertido en una persona tremendamente agresiva. “Antes de que tú me rechaces a mí, yo te rechazo a ti”, era mi lógica. Ya no sólo los hombres, ahora también las mujeres me rehuían. Estaba harta.

Concluí la adolescencia e inicié la etapa de juventud cometiendo errores nuevamente. Así como cerré la niñez alejándome de mi superabuelo, dejé de ser adolescente con una sólida convicción: cambiaría mi cuerpo para que la gente me aceptara.

Mi primera dieta fue a los dieciséis años. Podía comer toda la carne y las grasas que deseara, pero la harina, las verduras, las frutas y los azúcares estaban prohibidos. Aún hoy, a mis treinta y un años, no termino de quitarme el frío permanente en los huesos que me dejó cometer ese atentado contra mi cuerpo durante ocho meses.

Bajé mucho de peso, pero no fui más popular. Por el contrario, la gente se alejaba de mí porque me volví tremendamente agresiva. Cuando mi cuerpo ya no pudo con esa tortura, dejé la dieta y subí muchos kilos más de los que había bajado.

A partir de ese momento, la historia se volvió repetitiva. Una dieta cada vez más sanguinaria que la anterior, muchos kilos y tallas de menos, la oposición de mi cuerpo flagelado ante todo ese desprecio y, finalmente... dejar el régimen en turno para subir más, más y mucho más.

Lo peor de todo es que a pesar de los reclamos corporales y de mi inmensa colección de fracasos dietéticos, seguía culpándome por no lograrlo: era una gorda sin fuerza de voluntad. ¿Adónde estaba toda la inteligencia que mi familia, mis jefes, mis maestras y maestros decían que poseía? Sólo servía para sacar diez de calificación en la universidad, para escalar puestos en el trabajo, para obtener el reconocimiento intelectual, pero no para educar a este cuerpo que, además de gordo y feo, había resultado rejejo y voluntarioso.

Bajar, subir, llorar mucho. Bajar, subir, culparme siempre. Bajar

subir y odiar cada vez más a este resistente cuerpo. Ésa fue mi historia corporal en la preparatoria, la licenciatura y los primeros años de trabajo.

Pero un día, mientras caminaba por la vida tomada de la mano del infinito odio hacia mi cuerpo, me topé con el amor.

El amor no era un hombre, era un todo. Muchas piezas de un rompecabezas que estaban terminando de armarse. Vi, como nunca antes, la posibilidad de que mi cuerpo, gordo y a prueba de toda autoflagelación, fuere bello.

Sí, era el amor. El amor por mi cuerpo, que aparecía por primera vez ante mis ojos.

Lo reconocí de inmediato porque llevaba seis años en terapia psicoanalítica y porque, además, desde los primeros instantes de mi relación con el amor me sentí exactamente como cuando era niña y estaba con mi abuelo.

Surgió de pronto en el seminario de género que cursaba como parte de mis estudios de maestría. Llegó golpeándome el rostro cuando recopilaba textos sobre la obesidad como fenómeno social, para mi tesis de grado.

Me quedó perfectamente claro: había elegido ese tema de investigación como un intento por romper el círculo del dolor en el que estaba encerrada persiguiendo estereotipos inalcanzables.

Este amor llegó cuando el terreno era fértil en todos sentidos. Estaba en psicoanálisis, cursaba el seminario de género con la mejor maestra de todo el país, mi investigación maestra hablaba de la obesidad en la sociedad, yo me encontraba en una profunda reflexión intelectual (que ahora sí me servía para solucionar este problema). Además, llegó porque a mi lado estaban mis amigas y mi familia (a quien empecé a mirar sin odio), y porque decidí, por fin, sentarme a desmenuzar mi historia lipófoba de vida.

La primera reacción al toparme con la posibilidad de amar mi cuerpo sin exigirle que cambiara, fue de absoluta felicidad, pero ésta en seguida se transformó en miedo frente a lo desconocido.

Sin embargo, decidí dar el único paso que parecía lógico: me atreví a amar mi cuerpo.

No sólo dejé de hacer dietas, sino que detuve esta inmisericorde autopersecución ocasionada por no ser lo que la sociedad patriarcal me exigía que fuera. Tras la tesis, seguí leyendo toda la bibliografía científica que cayera en mis manos sobre la obesidad, analizada desde muchos puntos de vista.

Con experiencias vividas y publicadas por grupos de comedoras compulsivas, aprendí que el cuerpo es sabio y puede decidir por sí mismo qué, cómo, cuándo y cuánto comer. Y que en el momento en que aprendes a conocerlo, respetarlo y protegerlo, tu cuerpo se sentirá tan bien que, entre otras cosas, perderá el exceso de peso necesario sin necesidad de nada más que el equilibrio emocional.

Atreverme a vivir este amor ha sido doloroso, pero entregarme a esta pasión corporal es lo más grande que ha ocurrido en mi vida. Algunas veces todavía llego a dudar de la felicidad que me produce este noviazgo con mi cuerpo, pero dejo que pase la ansiedad que en ese momento me invade, y me detengo a dialogar con mi amado.

Aunque mi abuelo murió cinco años atrás, para mí es claro que he vuelto a encontrar la aceptación, el bienestar, el equilibrio y el amor que tuve en mi infancia con ese hombre sensacional. Hoy me he reencontrado con el sí absoluto, con el sí a este cuerpo mío, con el sí a mí.